

## Misión -olvidada- del relato: contar

*La crítica, ya se ha dicho, puede ser otra forma de la ficción y, de tal manera, quizás, aclarar más... He aquí una original lectura de la última novela de Ana Teresa Torres: Doña Inés contra el olvido*

CARLOS LEÁÑEZ ARISTIMUÑO\*

# Una noche con Doña Inés

**F**ue en una librería de Chacaito donde la vi por primera vez y la tomé entre mis manos. Fue con cierto escepticismo que busqué la primera página. Y fue con placer, si, que empecé a leer, a abandonarme:

Mi vida fue atravesar mañanas lentes, días largos que el tiempo recorría despacio, vigilar el trabajo de las esclavas, verlas barrer las lajas de los patios, dar lustre a las baldosas y azulejos que hace traer de Andalucía, recoger las hojas sueltas del limonero y regar el guayabo del corral; bordar algún punto de un mantel, o darme una vuelta por la cocina para probar la sopa y procurar que todo estuviera de acuerdo antes de que llegara Alejandro, y durante el almuerzo, preguntarle qué se había discutido en el cabildo, a cómo estaban los precios del cacao o si se había hundido el barco que lo transportaba. Dormir después una espaciosa siesta cuando el calor arrecia y disponerme para el obsequio de las visitas, dar órdenes y estar atenta a la preparación de las confituras y tisanas, servidas en los platos de porcelana y los vasos dorados que hace traer de Francia, esperar a que llegaran las señoritas, y después que las esclavas las despojasen de las mantillas en el zapudán, sentarme en la sala con mis hijas a sostener conversación, interesarlas por la salud de los nuestros, lo fuerte de las lluvias del invierno, los maridos de viaje en las haciendas, las procesiones o la fiesta que el gobernador ofrecía para congradíos; y al acudir a la hora señalada las esclavas con las mantillas en el cesto, despedirnos hasta muy pronto o hasta el domingo en Catedral, donde nos encontrábamos, las manzanas, vestidas de negro y cubiertas por un mantón, en señal de nuestro privilegio, escoltadas por dos esclavas, una para esparzar a los mendigos y otra para extender la alfombrilla en los secos ladillo de la iglesia. Al anochecer, reunímos todos, hijos y esclavos, a rezar el santo rosario en el oratorio, cenar callados, y mientras Alejandro revisaba las cuentas que le presentaba el mayordomo de la hacienda, y yo jugaba un solitario de cartas, los niños ya dormían y se escuchaban los grillos en el patio.

Releo una, dos, tres veces; siento el raptor: ya no estoy en 1992, estoy en pleno siglo XVIII, en una Caracas irreconocible a no ser por sus montañas. Decido proseguir, pero un índice insistente sobre mi hombro me regresa



a Chacaito: el amigo con quien me había citado. Me arriesgo a comprar Doña Inés contra el olvido y pasamos a una fuente de soda en donde escucho las tribulaciones de José.

Mientras regreso a casa, en el tránsito casi inmóvil de la autopista, vuelvo al mundo estático y ordenado del primer párrafo. Me entrego al recuerdo de la prosa limpida, acompañada, sugerente. Una prosa majestuosa como un tránsférico que cruza un mar tranquilo: el mar de los mantuanos... El tráfico se acelera y estoy de nuevo en la autopista. La fuerza de la costumbre me conduce a mi apartamento. En el ascensor, anticipo la llegada al sillón, el cono de luz sobre el libro. Pero mientras abro las múltiples cerraduras, me invade la duda: la travesía es larga, son 239 páginas en letra pequeña. ¿Naufragará Doña Inés...? Mejor será posponer el desencanto. Quizás el fin de semana, con más tiempo, en fin... me dilato cenando, recapitulando el día con mi esposa, hablando por teléfono. Lleno de tiempo, apago la cita. Finalmente, apago la luz de mi lámpara de noche para imaginar los anejos de Andalucía, el cabildo colonial, las confituras y tisanas, las haciendas... me convenza: éste es el momento. A tientas, la encuentro, la tomo entre mis manos. A tientas, me encamino a la sala. Veo la silueta del sillón recortada por las luces de la calle. Oigo el ronroneo de la ciudad que reposa. Caigo en el espaldar.

Bajo el cono de luz, retomo la novela y escucho la voz de Doña Inés. Insisto no la leo, la escucho. Cuenta con tino absoluto, con gracia, con temura y, al hacerlo, recoge para mí los pedazos de la historia de su familia, de sus tierras y la de este país indescifrable. Doña Inés, muerta el 23 de abril de 1781, se pasea por Venecuela hasta 1985: su condición de cadáver la pone más allá de los trámites de tiempo y lugar, le otorga una perspectiva que todo lo abarca; pero sin pretensiones de dios

omnisciente, no, Doña Inés es candor, cercanía, asombro, una manzana que recorre los siglos y trata de entender y de explicarle a sus muertos lo que va pasando: el desmoronamiento del Imperio, paralelo al de su familia, que lucha por la Independencia -¿Qué quién se ha muerto? El mundo, Alejandro, el mundo que teníamos-; el caos de revoluciones en el que los cacaotanos no resurgen -He visto incendiarse pueblos, iglesias y sabanas, encender el agua del ganado, derribar estatuas, morir de cólera y paludismo, dar vivas a los generales y pedir fuego si cabeza, alternarse los nombres de conservadores y federales... y te repito, no he entendido nada-; las urgencias sexuales de Castro y su cúpula, determinantes del futuro de la empobrecida familia -... algunos se limitan a los actos que ha impuesto la naturaleza, pero otros, Alejandro, pretenden escenas que yo sólo había intuido en el Antiguo Testamento, con el merecimiento de la ira de Dios y el exterminio de sus ángeles-; los años de Gómez, donde se realiza un matrimonio con un acaudalado arribista -una persona con una condición social distinta a nosotros-; la llegada progresiva de otros tiempos -... yo también quiero viajar en avión, ver la televisión y tomarme un antibiótico...-; tiempos en los que todo se resuelve conversando -ahora han inventado una palabra que nosotros no conocíamos, y que se llama negociación-; tiempos estos en los que se salda aquello que ha exasperado a Doña Inés al punto de llevarla a dictar la historia que hemos escuchado: un litigio sobre las tierras del valle de Curiepe; tiempos estos en los que nada hay en Caracas que recuerde mi vida, todo es una fachada extraña, pero a veces, a la luz apagada de la tarde, un gesto del viento entre sus dríboles, un movimiento de las sombras a través de la montaña, un persistente sonido de los pájaros o una precipitación del aguacero, me hacen sentir, por un instante, que aún permanezco. Que aún hoy es una mañana lenta de un largo

día que el tiempo atraviesa despacio, mientras mis ojos acarician las lajas del patio, las baldosas y azulejos que hace traer de Andalucía. Continúo oyéndola hasta las últimas líneas hasta el momento en el que todo delirio, toda oposición, toda actitud vociferante se disuelve en la ternura de esta abuela que sonríe.

Amanece, pero no puedo regresar al mundo: deambulo entre las ruinas del terremoto de 1812, medro protegido por el General Gómez: una mujer me tienta a la sombra de un guayaño, me confundo en una montonera, enamoré a una viuda en el Club París, negocio benéficos con inversionistas y concejales... Hasta que una ducha y un buen café me colocan en mi apartamento, me recuerdan las citas pendientes, me llevan a la cola para la terminal de la ocho de la mañana en esta autopista interminable... y me pregunto: ¿qué pasó? ¿por qué la novela no rodó bajo la cama? ¿cómo me mantuve en vilo?

Son muchas cosas. La principal es que Doña Inés... retoma la misión de todo relato contar. ¿Cuánta «narrativa» venezolana lee uno que hace del contar algo accesorio, algo subordinado a experimentos y maromas? «Narrativa» necesaria, sí, de perfecta validez entre los iniciados o quizás entre los lectores comunes del futuro, pero que nos desprecia a nosotros, contemporáneos mortales que gustaríamos de sambullirnos en una ficción que no diluya el cuento. Claro, hacen falta otras cosas... ¿Cuánta «narrativa» venezolana lee uno que cuenta, ciertamente, pero historias que no logran interesar, llenas de errores inadmisibles en un escritor, divorciadas de toda estética que no sea la del descubrimiento. Ante todo esto, el antídoto de Doña Inés... consiste en contar, contar con maestría, contar una historia que nos atraiga y así devolvernos al placer de la buena lectura. ¡No es eso lo que hacen García Márquez y Mutis aquí al lado!

Llego a mi oficina: me debato entre los papeles, las llamadas de los clientes, las urgencias. Bosteo. En la panadería, intento el lajagao de un café; en el baño, trato la frescura del agua fría. Es inútil: mis párpados se precipitan. Un último esfuerzo me lleva a cerrar el cubículo bajo llave. Un último movimiento desconecta el teléfono. Mi cabeza reposa sobre el escritorio cuando empiezo a soñar que Doña Inés me ha invitado a merendar confituras y tisanas.

\* Carlos Leáñez. Narrador. Adelanta su trabajo como investigador en el área literaria en la USB.